



*Julia
London*

*El diablo
enamorado*

Abigail Carrington parte rumbo a Inglaterra para casarse con Michael Ingram, a quien ama desde su infancia. Sin embargo, el hombre que la espera ante el altar es un desconocido, que se apresura a casarse con ella y después la abandona. Sólo la pasión de los besos de Michael le hace albergar la esperanza de que el suyo no sea un matrimonio de conveniencia.

Por su parte, Michael apenas guarda un vago recuerdo de aquella niña mimada y se lamenta de haber aceptado casarse con ella para poder salvar el patrimonio familiar. Pero por más que se propone ignorarla, su belleza lo tienta, sus encantos lo envenenan, y se esfuerza por apartarse de ella, hasta que está a punto de perderla. Es entonces cuando decide recobrar su amor antes de que sea demasiado tarde.

Prólogo

Mar Mediterráneo, 1813.

Amaneció un día luminoso, como contraste a la fuerte tempestad de la noche anterior, que había estado a punto de hundir el buque mercante. Apoyado en el casco del barco, se encontraba un joven exhausto, recién salido de su primera batalla contra las fuerzas de la naturaleza en alta mar. Con los ojos cerrados y el cuerpo sensible al más mínimo movimiento, concluyó para sus adentros que aquello no había sido menos agotador que cualquiera de las batallas libradas en tierra.

Michael Ingram gruñó al ver a una niña vestida de pirata correteando por la cubierta superior. Llevaba en la cabeza un pañuelo que le sujetaba los oscuros rizos, y sus piernecillas flacas sobresalían de unos pantalones de hombre cortados por debajo de la rodilla y ceñidos con un cinturón a su diminuta cintura.

Iba descalza y parecía llevar semanas sin ver el agua. Además, blandía una espada de madera, la misma que le había clavado en el estómago hacía dos días cuando le había saltado de detrás de un tonel al grito de «*En garde!*». Aquella mañana hermosa y despejada, vociferaba a algo que había tras el barco (seguramente olas de cresta blanca, como solía ser el caso) y alertaba a voces de la presencia de piratas.

—Cielo santo, mírala —murmuró Michael. Entre un montón de virutas, el hombre mayor que tenía a su lado

entrecerró los ojos para mirar a la niña—. ¿La viste anoche? En lo peor de la tempestad, estaba ahí arriba, con el capitán, blandiendo al aire esa cosa como si luchara contra sus piratas ficticios —protestó Michael.

El hombre mayor, Withers, se encogió de hombros.

—No es más que una niña, Ingram. Le haces demasiado caso —le replicó con su tosquedad habitual.

Michael sonrió. Aquel hombre, un gigante de puños de acero, se había hecho a la mar cuando la finca en la que había trabajado como jardinero casi toda su vida adulta había servido para saldar una deuda de juego.

Al principio, cuando Michael acababa de unirse a la tripulación, Withers lo trataba con cierta distancia, igual que el resto de los rudos marineros, que recelaban de él por sus orígenes nobles; sin embargo, las circunstancias (la sofocante deuda de su padre, concretamente) lo habían llevado hasta el capitán Carrington, un barón de poca monta célebre por su dominio de los mares. Su familia había hecho un trato con él en virtud del cual se convertiría en uno más de la tripulación, entre cuyos miembros temía, sobre todo, a Withers. No obstante, había sido éste quien, agarrándolo por el cogote, lo había sacado de una pelea con otros tres hombres y había evitado así que lo molieran a palos. Desde entonces, el antiguo jardinero se había convertido en fiel aliado y protector del joven.

La niña divisó a los dos hombres y empezó a hacerles señas. Ninguno se inmutó.

—Por nada del mundo le des conversación —refunfuñó Michael.

Withers gruñó y siguió con sus tallas de madera.

—No está interesada en mí, muchacho. Es a ti a quien admira, por eso te persigue.

Michael volvió a refunfuñar al ver que la niña se agachaba a recoger su muñeca antes de bajar de la cubierta superior. Arrastrando la espada de madera, se abrió paso entre

los escombros que la tormenta había sembrado por el barco.

—Esa criatura es un horror. Una niña malcriada. Una amenaza para todos los hombres de este barco —aseguró Michael—. Al capitán Carrington debería darle vergüenza dejarla correr como una loca por ahí. Creo que la fierecilla no tiene siquiera un vestido.

Cuando la niña empezó a correr hacia ellos, Withers levantó la vista.

—Es una criatura muy vital. Supongo que por eso el capitán la trajo consigo cuando murió su madre hace unos años. Ya tendrá tiempo de llevar vestidos y lazos —murmuró al tiempo que la pequeña se detenía en seco delante de ellos.

—¿No me habéis oído? ¡Tierra a la vista! —proclamó sofocada, luego se limpió los mocos con el dorso de la mano.

Michael le miró las rodillas llenas de costras y la roña de las piernas y los brazos; luego, haciéndose sombra con la mano, alzó la vista y la miró a la cara.

—No hay tierra a la vista, Abigail —le dijo con forzada paciencia.

La niña se puso en jarras y lo miró ceñuda.

—¡Hay tierra y yo la he visto primero! Una enseada, un refugio pirata. ¡Vamos a atacarlos y a robarles el tesoro! —anunció triunfante, alzando su muñeca por encima de la cabeza—. ¡Todos los hombres a sus puestos, damos la vuelta! ¡Son las normas!

—Estamos a cientos de millas de la costa —dijo Withers sin inmutarse.

Ignorándolo, Abigail blandió la muñeca ante la cara de Michael.

—¡Ella también ha visto tierra! ¡Levanta, Michael Ingram, o mi papá hará que te azoten!

—Lárgate, Abigail —le dijo el joven, espantándola con la mano como si fuese un mosquito.

Con una velocidad que sorprendió de primeras a Michael, Abigail soltó la muñeca y, con ambas manos, le clavó la espada de madera en el pie.

—¡Au! —chilló Michael, agarrándose el miembro contusionado.

Abigail rió con ganas y alzó la espada.

Michael se levantó como pudo y miró furioso a la niña antes de que le diera por repetirlo. Ella alzó la barbilla, se irguió y le devolvió la mirada. Fue entonces cuando Michael hizo lo impensable: recogió la muñeca del suelo y, furioso, le arrancó la cabeza.

—Sin cabeza, ya no puede ver tierra —le dijo, y le tiró a la cara la muñeca mutilada. La mirada feroz de Abigail se transformó en una de horror mientras contemplaba boquiabierta el estado de su muñeca.

—¡Madre mía! —masculló Withers cuando, retorciendo la boca, la niña profirió un alarido espeluznante.

Tiró la espada, dio media vuelta y salió corriendo a la cabina del capitán, sin parar de llamar a gritos a su padre. Sus berridos atrajeron a la cubierta principal a media tripulación, que de verdad creyó que había piratas.

Withers se puso en pie y, con una de sus manazas, enganchó a Michael por el hombro.

—Baja, muchacho. No quiero perder a un buen compañero por ésta. —Dicho lo cual le dio un buen empujón hacia la puerta que conducía a las cubiertas inferiores.

Michael desapareció sin rechistar con la muñeca rota, abriéndose paso por las oscuras entrañas del buque hasta llegar a su camarote. Allí buscó un lugar donde esconder los dos trozos de la muñeca. Al final, desesperado, abrió su baúl y los enterró bajo sus escasos efectos personales.

—Esa fierecilla aún me costará la vida —murmuró, luego se echó un brazo por encima de los ojos.

Varios días después, Michael cambió de parecer al ver a la niña abatida peinar la cubierta en busca de su muñeca. No era tan insensible como para que aquella cara triste no lo ablandara al menos un poco. Tras concluir que ya había pagado por su delito, decidió reparar el daño en la medida de lo posible y devolverle su juguete. Con un cordel de cáñamo, logró sujetarle la cabeza al cuerpo, pero, al hacerlo, le rasgó el vestido sucio. Suspirando frustrado, sostuvo en alto la muñeca y la estudió a la tenue luz del candil que colgaba sobre su litera. De pronto se le ocurrió una idea y, ya bien entrada la noche, enseñó su creación a Withers, Bailey y Hans, sus compañeros de camarote. Con el vestido roto, le había hecho un pañuelo de pirata; un palillo le había servido para reemplazar la pierna de trapo por una pata de palo. Le había arrancado la jareta a las braguitas de la muñeca para hacerle unos pantalones cortos como los que llevaba Abigail. Luego había recortado un pedazo cuadrado de tela de su propia chaqueta para confeccionar un parche. La muñeca se había transformado en una versión en miniatura de la pirata Abigail.

—Perfecta —señaló Hans—. Una reproducción exacta de esa niña malcriada que me provoca pesadillas.

Michael rió y guardó la muñeca en su baúl, pero nunca tuvo ocasión de devolvérsela a la pequeña Abigail: a la mañana siguiente, cuando el barco echó anclas junto a las costas de Italia, el capitán Carrington subió a Abigail a un esquiﬁe rumbo a tierra. Para asombro de todos los miembros de la tripulación, el pequeño monstruo llevaba un bonito vestido con lazos de satén y cuello de encaje. En la nave corría el rumor de que ni siquiera el capitán podía manejarla, de modo que, acompañada por su abogado, entraría en un colegio de monjas, donde éstas intentarían domesticarla. Desde la cubierta principal, Michael contempló la escena divertido, con la muñeca en la mano. La fierecilla, de pie en el centro de la barca, despotricaba contra su padre por mandarla lejos. Cuando el esquiﬁe llegó a la orilla, le gritó

al capitán Carrington que volvería con un centenar de piratas, y agitó el brazo a modo de espada para dar mayor énfasis a su amenaza.

Su padre rió y se despidió con la mano.

—¡Esperaré ilusionado el ataque, cielo! —le replicó ri-sueño.

Michael vio cómo la pequeña le tiraba sin querer la gorra al agua a un marinero. La embarcación tuvo que dar varias vueltas en círculo para recuperarla, sin que Abigail dejara de gritarle a su padre en ningún momento. En cubierta, los hombres reían a carcajadas ante semejante espectáculo, pero Michael se limitó a negar con la cabeza, «¡Con viento fresco!», pensó impasible.

Capítulo 01

Portsmouth, 1825.

Desde hacía una hora, apostada en la proa de un barco de lujo, con las manos enfundadas en un manguito, Abbey Carrington contemplaba embelesada la costa sur de Inglaterra, y la veía hacerse cada vez mayor, igual que su nerviosismo. Llevaba algo más de media vida esperando con ilusión aquel día.

No pudo evitar que se dibujase en sus labios una leve sonrisa al recordar las cosas que su padre le había contado de su prometido. Desde que era niña, el capitán Carrington le había dicho que Michael Ingram la amaba con locura y estaba deseando que llegara el día en que ella fuese lo bastante mayor para convertirse en su esposa. Aunque Abbey no había vuelto a ver a Michael desde la niñez, su padre lo había visto con frecuencia y le había jurado que su amor era firme.

Ella sabía de ese amor desde una visita que su padre le había hecho el verano siguiente a su ingreso en un colegio de Roma, a los nueve años. En ella, le había hablado entusiasmado de su compromiso y había reído satisfecho al manifestarle el ferviente deseo de Michael de casarse con ella en el futuro. Como es lógico, a Abbey le había sorprendido, porque, cuando ambos se encontraban a bordo del *Dancing Maiden*. Michael siempre ponía cara de fastidio ante su presencia. Su padre había vuelto a visitarla en Navidad, llevando consigo un regalo de Michael: un violín. Re-

celosa, Abbey había querido saber por qué su prometido no le escribía. El capitán Carrington le había respondido que Michael quería una esposa con una formación exquisita y que prefería que se concentrara en sus estudios en lugar de distraerse con el correo. A los once años, Abbey había aceptado aquella explicación sin cuestionarla.

Dos años después, su padre la había sacado del colegio por considerar que era demasiado severo y por creer que la niña debía vivir la vida. Abbey compartía esos pensamientos. Con lo que no estuvieron de acuerdo fue en que ella lo acompañara en una travesía en barco hasta la India, así que la dejó al cuidado de un viejo amigo egipcio que vivía en El Cairo. En esa ciudad, ella esperó en vano la visita de Michael, que no pudo tener lugar por encontrarse retenido en España. Su fervor adolescente hizo que sintiera una amarga decepción, algo que, según le explicaron, también experimentó Michael.

Siendo ya algo mayor y después de haber estudiado modales y elocución en París, su padre le había permitido que la acompañara a Oriente. Recordaba la tristeza de éste al informarla de que no habían coincidido con su prometido por una semana, pero que él había esperado todo lo que le fue posible por verla aunque fuera un instante. Le había dejado recado de que continuase con su formación clásica de violín y que esperaba que disfrutase del estudio de la historia, asignatura que él adoraba. Cuando, unos meses después, Abbey le había manifestado a su padre sus dudas, él la había reprendido por su descreimiento: el afecto de Michael, le había recordado, era firme. Al poco de regresar a Europa, el capitán Carrington le había relatado con entusiasmo una conversación que había mantenido con el joven en Ámsterdam, durante la cual éste le había manifestado un amor incondicional y una gran impaciencia por que llegase el día en que al fin se reencontrase con ella.

Abbey se arrebujó con fuerza con la capa y contempló, entre los mástiles de la embarcación en la que viajaba, el

triste cielo gris. Al fin en edad de casarse, se encontraba a apenas unas horas de ver al hombre con el que había soñado y al que había admirado desde que tenía uso de razón. Los continuos elogios que su padre hacía de la carrera militar de Michael, de la enorme naviera que había creado y del hecho de que fuese ya el importante marqués de Darfield, explicaban que Abbey lo tuviera siempre en su pensamiento. El capitán se deleitaba contándole anécdotas del coraje de Michael en el despiadado mundo de la navegación y los piratas, de las prácticas comerciales justas por las que era ensalzado entre sus iguales, y de su incesante persecución de indeseables piratas y estafadores, y de la injusticia en general.

Su padre había admirado tanto a Michael Ingram durante los últimos doce años que Abbey no era capaz de imaginar otro hombre que se le pudiese comparar. La emocionaba que quisiera casarse con ella y la atormentaba la posibilidad de no estar a su altura, pero sus dudas ocasionales se disolvían con rapidez con cada nueva carta de su progenitor. El que Michael nunca le hubiese escrito directamente o el hecho de no haberlo visto en todo aquel tiempo no la desalentaban. Según le decía su padre, él había estado demasiado ocupado amasando una fortuna para que a Abbey nunca le faltase de nada. Además, como era lógico, las responsabilidades de su importantísimo título no le dejaban tiempo para entretenerse escribiendo.

Hacía tres años, la tisis de su padre había empeorado, y éste la había mandado a vivir a América, con su tía Nan. Desde entonces, había estado esperando pacientemente, creyendo al pie de la letra el contenido de las cartas en las que el capitán le aseguraba que Michael pronto mandaría a alguien a buscarla y sus días se llenarían de amor, de risas y de niños fuertes y sanos. Creía todo lo que el capitán Carrington le decía del hombre que iba a ser su esposo.

Por suerte, en Virginia le había resultado fácil esperar a su prometido. A Abbey le encantaba vivir en la granja de su

tía Nan, con sus primas, Virginia y Victoria. Le chiflaba trabajar en el campo, sobre todo en el pequeño huerto al que dedicaba las tardes. No habiendo hombres en la casa (salvo unos cuantos esclavos libres y algunos caballeros de visita), la vida en la granja había sido idílica. Por las noches, mientras sus primas cosían y tía Nan pintaba, Abbey tocaba el violín. O se sentaban todas a hablar. Y, cuando se cansaban de hablar de la granja, de la gente del pueblo y de los diversos hombres que iban a visitarlas, lo hacían de Michael.

Lo cierto era que todas soñaban con él. Se lo imaginaban en la popa de su barco, con la camisa abierta agitada por la brisa y su largo pelo oscuro alborotado por el viento. Se lo imaginaban, ante la inutilidad de su tripulación, enfrentándose él solo a una banda tras otra de piratas, y se decían que su destreza con la espada no tenía igual en toda Europa. Se lo imaginaban declinando las atenciones de decenas de mujeres hermosas con la excusa de que el verdadero amor de su corazón estaba en Virginia.

Abbey apartó la vista del cielo y miró hacia la costa, donde Portsmouth empezaba a tomar forma. Hasta que el notario de su padre no le había notificado su muerte, no había sentido las primeras punzadas de verdadera duda. El notario, el señor Strait, insistió en que Abbey saliera para Inglaterra de inmediato; en el testamento se establecía que heredaría la propiedad de su progenitor por matrimonio. Desolada por la noticia de su fallecimiento e inquieta por no haber sabido nada de Michael en dieciocho meses, había empezado a tener serias dudas. ¿Y si Michael había cambiado de opinión y su padre no había tenido tiempo de comunicárselo?

Se arrebujó más con la capa mientras recordaba el día en que le había suplicado a su tía que la permitiese quedarse en Virginia.

—Bobadas —le había dicho ella—. ¿Vas a dejar a ese pobre hombre esperándote en Portsmouth, cargado con

una docena de rosas?

—¡Eso! —había gritado Virginia—. ¡Seguro que tiene el mejor coche, uno del tamaño de la salita de mamá, con cuatro caballos esperando para trasladarte!

Tía Nan había añadido que quizá la llevase al altar aquel mismo día, porque no querría esperar ni un momento más para hacerla suya. Aquel comentario había hecho palidecer a Abbey. Tía Nan se había percatado y le había dado un manotazo en el hombro, recordándole muy severamente que era el deber de toda mujer seguir a su esposo al lecho conyugal, sin rechistar, y yacer allí con paciencia mientras él le hacía eso. Al ver el gesto de horror de Abbey, Virginia y Victoria se habían reído tapándose la boca, pero tía Nan había insistido.

—No eres la primera ni serás la última mujer que pasa por ese trance.

Ajena al frío intenso, cuando empezó a caer una lluvia torrencial, Abbey se tapó mecánicamente la cabeza de oscura melena con la capucha y recordó la lucha interior que había sufrido durante el viaje. Por un lado, dudaba de que Michael la apreciase tanto como le había asegurado su padre —claro que su padre nunca le había mentado, de modo que debía de ser verdad en cierta medida—; por otro lado, dudaba de que Michael fuese el héroe con el que ella había soñado. A fin de cuentas, ¿de cuántos piratas podía dar cuenta un hombre solo? Sin embargo, su padre le había dicho que Michael era eso y más. Quizá hubiese adornado un poco sus relatos, pero desde luego tenían un fondo de verdad.

Suspiró en voz baja y, distraída, contó las velas que se agitaban en el puerto. La parte de Abbey que había visto a Michael a través de los ojos de su padre durante tantos años pudo más que todos sus celos. No había nada que temer. Michael Evan Ingram, marqués de Darfield y vizconde de Amberlay, la amaba con todo su corazón y, en aquel

mismo instante, la esperaba ya en el puerto abrazado a una docena de rosas.

De pronto, dio media vuelta y regresó garbosa a su camarote. No iba a reencontrarse con el amor de su vida vestida con otra cosa que no fuesen sus mejores galas.

No fue Michael Evan Ingram quien se reunió con ella en los muelles de Portsmouth, sino una anciana mujer de aspecto severo, áspero pelo cano y el ceño permanentemente fruncido.

A pesar de los empujones de los pasajeros y estibadores que se amontonaban en el muelle, a Abbey no le costó encontrarla, aunque, de no haber sido por el letrero de madera que llevaba la mujer, con las palabras «Abigail Carrington» burdamente pintadas en él, la habría pasado por alto.

—Soy Abigail Carrington —dijo Abbey, recelosa, al tiempo que hacía una rápida reverencia.

La mujer arrugó los labios mientras la examinaba de la cabeza a los pies.

—Dile a Mannheim cuáles son tus baúles y él te los cargará —le indicó cortante.

Luego se volvió y, tirando el cartel al suelo, se dirigió con paso airado a un elegante coche negro adornado con el escudo de armas de Darfield. Abbey miró nerviosa al hombre que la mujer le había señalado, tan desastrado como esta misma.

Quiso descartar de su mente la idea de que aquellas personas eran lo último que había esperado encontrarse. Por alguna razón, Michael las había enviado a recogerla y probablemente había tenido sus motivos. De momento, procuraría no preguntarse por qué no había ido a buscarla él mismo.

—Sube al coche. Hace demasiado frío para una jovencita como tú —le dijo Mannheim con una sonrisa desdentada

al tiempo que cargaba sus baúles.

Abbey apenas lo dudó; el frío y la nieve cada vez más intensa la propulsaron hacia el coche. El carruaje no llevaba lacayos, sólo un cochero que ni siquiera la miró. Abbey abrió tímidamente la puerta del vehículo y se asomó dentro.

—¡Sube, sube! —le aulló la mujer desde dentro y se agitó con violencia para acentuar lo imperioso de su orden.

Abbey subió como pudo, tropezó con sus faldas y fue a parar al asiento de enfrente del de la mujer.

—Soy la señora Petty. Me han encargado que te lleve a Blessing Park —gruñó.

—Encantada de conocerla, señora Petty —replicó Abbey, aliviada de que la mujer al fin le hablase y deseosa de creer que la había juzgado mal—. Yo, claro, soy Abigail Carrington. Bueno, en realidad, soy Abbey.

—Ya sé quién eres —espetó la adusta mujer.

Abbey ignoró sus desagradables maneras y sonrió con valentía. Si había aprendido algo a lo largo de su itinerante vida, era que una sonrisa sincera siempre era bienvenida. Por lo que sabía, Blessing Park estaba en medio del campo, y era muy probable que tuviera que pasar algún tiempo en compañía de aquella amargada fémina.

—¿Es usted pariente de lord Darfield? —preguntó por darle conversación.

—¡Claro que no! —soltó, entrecerrando sus ojos enrojecidos.

Contundida, Abbey se mordió el labio inferior.

—¿Se encuentra lord Darfield en Blessing Park? —preguntó angustiada, preguntándose qué distancia tendría que recorrer en compañía de aquella mujer.

—No lo sé. A mí me han pedido que te acompañe, no que escriba un libro sobre su paradero —gruñó.

Abbey asintió con la cabeza, dijo «Entiendo» sólo con los labios y volvió la mirada hacia la ventanilla. La nieve empezaba a cuajar, lo que no contribuía en absoluto a amorti-